



# Huida y Regreso

ilustró Fauler

¿El huir... huir... ¿y después el regreso...? He aquí un buen itinerario sentimental para ser recorrido con exquisito cuidado, sin tropezar con las zarzas del camino, ni embelesarse con el paisaje (ni con el corazón...), ni tropezar con la noche, ni hundirse en las propias meditaciones... Huida y regreso (o ¿regreso y huida...?) Ida y vuelta. He aquí el billete literario que con letra aguda y emotiva ha despachado a estos personajes el escritor Antonio de las Heras.

¡Cuánto me alegro de haber partido! No sabía si así comenzaba un libro leído hace años, del cual ahora no podía recordar ni el título de la obra ni una sola palabra más de las que seguían. ¡Cuánto me alegro de haber partido! Era lo único que estaba en su memoria, porque lo sentía dentro, con la felicidad de una liberación.

No dejaba de tener acierto esta idea. Alejarse cuando está en nuestras manos las fechas de la ida y el regreso no produce ningún pesar.

El cochecito subía la ancha cuesta a la salida de Madrid, camino de la Sierra, con rapidez de ratón seguido por el enorme gatazo de un autotocar.

A la derecha, el nuevo Hipódromo, lleno de vi-

seras para quitar el sol a los ojos de las tribunas, cobraba por la distancia el valor de una maqueta. El paisaje familiar no retenía su atención como otras veces; podía más su "leit motiv". ¡Qué bien poner unos kilómetros por medio!

Lo había pensado por la noche en las altas horas, cuando el insomnio da ideas fijas y no deja meditar sobre ellas, porque el cansancio niega a la razón su libre vuelo.

Huir era lo único que deseaba Carmen del Valle, una huida en realidad bastante candorosa. A cuarenta kilómetros de su casa y con un hilo de teléfono que la unía en todo momento. Acaso, en vez de salir iba a meterse más en sí misma, pero esto ya se vería.

Aquella mañana se levantó temprano, fué al cuarto de su madre y le dijo, escuetamente, como tantas otras veces lo había hecho:

—Me voy a la finca.

—Bien, hijita, hasta la noche.

—Adiós, mamá.

Carmen sabía que no volvería aquella noche ni la siguiente; posiblemente en una semana. ¡Es tan natural querer disfrutar del tiempo en el campo! Si llueve como si hace sol, con frío o con viento caliente, que la disculpa de su tardanza en regresar de antemano la tenía preparada, y siempre resultaría lógica a los ojos de su familia.

Una pequeña maleta era su equipaje exterior. Dentro, un mundo de contradicciones, de pequeñas cosas que no se sabe cómo atacarlas ni hacerse fuerte contra ellas, y que dan un estado de nervios parecido al que anuncia un cambio atmosférico, tan desagradable para ciertos temperamentos.

Coronada la cuesta, el cochecillo dió un respiro en su motor de seis caballos.

A los lados de la carretera, casas con el rostro picado por la viruela de la metralla, algún que otro coche en dirección contraria, una camioneta llena de cántaras de leche detenida en reparación de un pinchazo, y la paz de la mañana en los campos de la Castilla de Garcilaso, el poeta que se quejaba del amor, blanda y melancólicamente, cuando la guerra le dejaba ocioso después de las duras batallas.

En el falso reloj del tablero la aguja oscilaba entre 80 y 90. La carretera general se había quedado a la derecha y esta por la que rodaba ahora era más estrecha y peor pavimentada.

—¿Para qué ir de prisa?—pensó.

Desde que habían pasado los alrededores de los campos de "golf", se encontraba tan lejos como si estuviese en Andalucía o Galicia. Sentía la sensación de lejanía que produce una puerta cuando, al cerrarse, nos aísla de ruidos molestos.

Carmen del Valle, asida al volante de su automóvil, comenzó un diálogo consigo misma, que al perder velocidad en el vehículo, su imaginación volaba con la rapidez de un pájaro de alas potentes.

—Jamás me ha pasado una cosa igual. Si realmente me interesa Jaime, ¿por qué tengo estos deseos de no volverle a ver?

Recordaba la noche anterior comiendo con él en compañía de otras personas, cuando Jaime, entre plato y plato, hacía uso de un palillo de dientes que había cogido no sabía de dónde, porque ella no los vió en la mesa. Jaime